



ban defender la suya; animaba á los primeros una religion sanguinaria que concedia el paraíso en premio de los estragos; á los segundos una corrompida y voluptuosa que iba pereciendo, ó una nueva que, no teniendo su reinado en este mundo, enseñaba á presentar una mejilla á quien habia sido herido en la otra. Los germanos eran fuertes para la organizacion de sus tribus; los romanos, débiles por haber muerto su patriotismo; los unos tenian un gobierno sencillo y nuevo, los otros uno de fiscales y legulegos que, como el vampiro, no tenia fuerza sino para desangrar. Entre los primeros, las mujeres estimulaban el valor y las empresas; entre los segundos, les apartaban de los cargos públicos, y á veces tambien, les hacian traicion, como se cuenta hicieron la mujer de Estilicon invitando á Alarico, Honoria llamando á Atila y Eudoxia á Genserico.

Roma no pudo hacer con los germanos lo que con los demás pueblos europeos, porque cuando vino con ellos á las manos, la plebe no era arrastrada toda en pos de todos los patricios como antiguamente, sino que se movia á impulsos de unos cuantos ambiciosos ó avaros, que no combatian por la patria, sino por la idea de una monarquía universal. Debieron, pues, prevalecer los germanos, porque si el pueblo de Marte queria retardar su caida, no podia hacerlo sino renovando su elemento primitivo, la fuerza. Y esto se vió claramente cuando estuvieron á la cabeza del imperio una serie de heroes formados entre los ejércitos, y elevados por su valor; pero una vez vestida la púrpura, ó bien deponian las armas, ó ignorantes de todo otro conocimiento, á excepcion de la guerra, empeoraban á cual más la administracion.

En cuanto á los ciudadanos, habiendo desaparecido el amor á la patria y la pasion por la gloria, ¿qué otra cosa podia llevarlos á tomar las armas? El pueblo bajo huía de ellas y eran muchos los que por librarse se cortaban el dedo pulgar (1). En un principio, el que por sus méritos habia alcanzado el mando del ejército, escogia sus oficiales; consagrado enteramente á los soldados, participaba con ellos de las fati-

(1) Amiano Marcel., XV.

gas del premio, de la gloria: á ellos se confesaba deudor del consulado si por este camino lo alcanzaba, y al salir de él volvía á militar como subalterno en las legiones que habia mandado. A la caida de la república el emperador quedó por el general supremo; de modo que los comandantes no se reputaron ya más que ejecutores de sus órdenes; él vencía con su brazo y su talento; él alcanzaba los triunfos, él tomaba su sobrenombre de los pueblos vencidos.

Nada, pues, estimulaba á emprender la peligrosa y no necesaria carrera de las armas; y mucho ménos cuando Galieno, quizá con la mira de impedir las frecuentes sediciones, prohibió á los senadores acaudillar los ejércitos. Entónces los patricios cayeron completamente en el ocio, y huyendo de Italia, se iban á establecer en la Macedonia, en la Dalmacia, en la Tracia, para librarse de las dignidades y de la milicia, de mucho peso y escaso honor.

La disciplina, fuerza de Roma, relajábase en el ejército, alistado por la fuerza, con las frecuentes sediciones, para impedir ó premiar las cuales se veía el emperador obligado á consentir todas las exigencias caprichosas de los soldados. Si éste queria trasladar todas las legiones á un punto apartado adonde las llamaba la necesidad, desobedecian, estando prontas á proclamar Augusto al primero que les prometiese descanso y donativos. Quejábanse del peso de las armas, y depusieron primero la coraza, despues el casco; preferian la comodidad de los caballos á la firmeza de la infantería; dejaron de fortificar enteramente los campamentos, de suerte que, expuestos al enemigo sin defensa, no pudieron confiar más que en los torpes recursos de la fuga.

Si el deseo de pasar de la clase de los oprimidos á la de los opresores, podia hacer ambicionar ó desear á algunos la condicion de soldado, en la cual pudiesen saquear las provincias, obligar á los emperadores á hacerles pingües donativos, deponerlos y elevarlos á su antojo, desde Diocleciano no fué ya esto así. Entónces una severa disciplina redujo al ejército á su verdadera condicion de máquina obediente, al mismo tiempo que la fastuosa cérte-



concedia los grados de la milicia, no á quien los habia merecido en acciones de guerra, sino á los que habian prestado servicios al príncipe. Vióse, pues, que era más cómodo intrigar en palacio que combatir en el campo, y necesariamente hubo que recurrir á auxiliares y extranjeros.

Roma sostuvo sus primeras guerras con sus armas propias y las de los pueblos vencidos, á quienes obligó á título de tributo á mantener cierto número de soldados de infantería y de caballería, naves y marineros. Obedecian éstos á jefes de su nacion; y aunque algunas veces igualaron y otras excedieron en número al ejército romano, quitábase la fuerza el estar escogidos cada uno entre pueblo diverso, separados de las legiones, y dependientes del general supremo.

César fué el primero que tomó á sueldo á los bárbaros; Augusto imitó y extendió este ejemplo, y para seguridad de su persona les introdujo en las guardias pretorianas. Andando el tiempo, viéronse Italia exhausta de fuerzas y los socios reducidos á provinciales y privados del uso de las armas, de donde vino la necesidad de recurrir á los bárbaros. Los germanos, gente robusta y aguerrida por la constitucion de sus bandas guerreras, ponian gustosos su valor al servicio de otro, contentos con un pequeño sueldo y una escasa racion. Fueron por esto preferidos por los emperadores, á quienes parecia tambien muy ventajoso el diezmar de este modo á tan formidables enemigos.

Pero la tiranía se devora á sí misma. Con excluir de los ejércitos á los provinciales y á los ciudadanos, se separaba la fuerza del interés [de emplearla, conseguíase acaso la quietud, pero se mataba el valor, y miéntras tanto se hacian más formidables los enemigos, añadiendo la disciplina á su valor natural.

Caracalla, extendiendo la ciudadanía á todo el imperio, parece que debió despertar en los provinciales el espíritu guerrero, adormecido por la conquista; pero las continuas revueltas disuadieron á los emperadores del propósito de hacer guerreros á los ciudadanos, y alguno se alegró de exceptuar de la milicia á los provin-

ciales, manteniendo á sueldo á los germanos con el precio que por ello recibía.

Estos, en un principio inferiores en número á las legiones, estuvieron fácilmente en sujecion, pero muy en breve entraron tambien en las privilegiadas filas legionarias. Despues no fueron ya bandas, sino poblaciones enteras las que estuvieron á sueldo; é inconstantes aliados, reusaban trabar el combate con sus propios hermanos; codiciosos, preferian el saqueo á la batalla; caprichosos, obligaban al general á marchar cuando y adonde ménos convenia, y por último, volvian las armas contra sus propios jefes.

Como los escuadrones estaban formados de esta clase de tropas, tuvo tambien que confiarse el mando á los bárbaros, que por este medio legaron á las más elevadas dignidades y aun al consulado. Roma sacó grandes capitanes de entre los bárbaros; pero como no les guiaba el amor pátrio, ni aquel celo, padre del verdadero valor, sino más bien el deseo de grados ó tesoros, ó tal vez ambiciosas rivalidades, daban los consejos contrarios á los que convenia: Rufino levantó á los vándalos y godos para contrariar á Estelicon. Este dejó escapar á los godos para continuar siendo necesario; Aecio no exterminó á Atila para impedir los progresos de Turismundo. Así pues, los emperadores no confiaban enteramente en aquellos heroes asalariados; los cortesanos envidiaban y aborrecian á unos hombres cuyo poder se fundaba tan sólo en la espada; la vanidad latina se veía ultrajada por la superioridad de aquellos á quienes todavía llamaba bárbaros; y Estilicon, Aecio, Romano, Egidio, cayeron bajo el puñal de pérfidos eunucos ó de cobardes émulos.

Sin embargo, en la extrema ruina del imperio, el único remedio habria sido el procurar amalgamar á los romanos con los godos, como habian intentado hacerlo algunos emperadores precedentes. Este pueblo, no enervado por los vicios de la civilizacion y capaz de recibir sus ventajas, como lo prueban los reinos en que se estableció, acaso hubiera renovado el arruinado imperio, ó cuando menos, le hubiera defendido de nuevas invasiones. Pero se opusieron á ello, por una parte la antipatia na-



cional, aumentada con las diferencias religiosas, y por otra una desleal política, que creía sagacidad y sutileza el sembrar la discordia entre los pueblos invasores; é irritándoles con la violación de los pactos y con torpes traiciones, desvanecía la esperanza de una avenencia honrosa.

Disgustados los bárbaros, volvían sus armas contra aquellos á quienes ántes habían defendido; y de regreso á su patria revelaban á los suyos las riquezas y delicias de los países romanos y la facilidad de conquistarlos. Muchos soldados del Níger, proscritos por Severo, se refugiaron entre los partos y les enseñaron á fabricar y usar armas á la romana.

Tampoco Roma tenía entónces que combatir, como en todas las demás guerras que había tenido fuera de Italia, contra enemigos unidos en monarquía ó en federación, de acuerdo por lo mismo en la empresa, y los cuales destróza da la cabeza, quedasen abatidos, pudiendo Roma en la sucesiva paz recobrar las perdidas fuerzas. La Germania estaba dividida entre cien poblaciones, no unidas en la empresa por ningún lazo ó interés común; apenas las águilas latinas habían clavado en una sus garras, cuando se presentaba otra con fuerzas íntegras y diverso método de guerra: de modo que puede decirse que durante cuatro siglos, desde Basilea hasta las bocas del Rhin y del Danubio, hubo abiertas hostilidades ó paz armada, sin que las guerras sirviesen más que para repeler el ataque.

¿Qué valían, pues, las barreras puestas por la naturaleza ó por la mano del hombre, cuando por todas partes invadían los bárbaros el imperio, guiados por el natural deseo de aventuras y peligros, por la codicia de botín, por la venganza, por el empuje de otros bárbaros ó por la invitación de algún ambicioso?

Incapaces de resistir con las armas los hijos de aquel Camilo que quería salvar á su patria con el hierro y no con el oro, apaciguaban á los enemigos con dinero, al principio coonestado con el nombre de sueldo, después reclamado abiertamente como tributo. ¡Miserable medio de obtener la paz, con el cual el imperio quedaba exhausto y en la precisión de opri-

mir á sus súbditos, mientras que los enemigos se rehacían para volver más fuertes y con nuevas pretensiones, después de haber perdido el respeto que inspira una nación no domable sino después de una larga resistencia!

Si el sueldo se retardaba ó negaba, venían los bárbaros á reclamarlo con la espada, creciendo su atrevimiento á medida que los provinciales perdían las costumbres militares. Cuando Italia fué invadida, no hubo quien tomase las armas; Estilicon ofreció dos monedas de oro á todo esclavo que se alistase, cuando en otro tiempo éstos sólo eran admitidos en los más apurados peligros; y ciudades llenas de gente y amuralladas apenas resistieron un momento á unas bandas de merodeadores, ignorantes del arte de los asedios, é incapaces de perseverar en una empresa.

En este extremo, dos hechos retardaron la disolución de la sociedad romana: la irrupción de los hunnos y la división del imperio. La primera refrenó el ímpetu de los germanos, que se vieron obligados á retroceder para atender á la propia defensa; pero los hunnos se encaminaron á su vez hácia Italia, y ayudaron á darle el último golpe.

La división hecha por Diocleciano preparó pronto socorros contra los amenazadores vecinos, y terminó las insurrecciones de los soldados, porque los cuatro prefectos del Pretorio y los cuatro ejércitos se mantenían recíprocamente en sujeción. Pero con esto se aumentaron los gastos de las cortes, no modestas como en tiempo de Augusto, sino émulas de la vanidad persa; las diversas fuerzas dejaron de obrar de acuerdo, y la que más padeció de resultas de esta nueva organización fué Italia, porque cesó de ser la cabeza y el corazón de aquel cuerpo gigantesco.

Todavía se empeoró el estado de este país, cuando Constantino trasladó al Bósforo la capital, porque Italia perdió los privilegios que hasta entónces había gozado como tierra soberana; se vió gravada con las contribuciones comunes, cabalmente cuando dejaban de ir á ellas de todo el mundo; la emigración de los ricos y las rapaces correrías de los bárbaros dejaron sin habitantes sus ciudades, sin frutos



los campos; que de jardines de los grandes, como ántes eran, se convirtieron en indefenso lecho de los ríos, en asilo de fieras y ladrones.

Que fué conveniente la traslación de la capital para la duración del imperio, lo prueban los diez siglos que sobrevivió Constantinopla; pero entre las dos metrópolis se levantó la envidia: Roma veía con despecho dividida su diadema y pasar las riquezas y alhajas á herosear la nueva ciudad; Constantinopla se indignaba de que Roma pretendiese aún el primado: á orillas del Tíber se refugiaban las reliquias del paganismo en medio de la aristocracia; en las playas del Bósforo se vertía la sangre por las disensiones cristianas: cada una de estas ciudades parecía que se regocijaba de los peligros de su rival, y alguna vez la una dirigía contra la otra á los enemigos por rencor ó por el interés de su salvación.

Así, á medida que crecía el peligro se disminuían los medios de remediarlo; en cada provincia que invadían los bárbaros, cesaban las contribuciones de géneros y de hombres al imperio; y así como la sangre se retira al corazón al perderse la vida, del propio modo Roma retiró de las fronteras las guarniciones y los magistrados, abandonando las provincias á los invasores y á sí mismas. Entónces se desató el único lazo que unía los municipios á Roma, y todos se desmembraron sin un pensamiento en bien del cuerpo á que estaban ligados, no unidos.

Algun emperador pensó en reanimar el patriotismo, aventurando en aquella disolución algún elemento de libertad; restituyóse á los

súbditos el derecho de tener armas, que les había quitado el desconfiado Augusto (1); Graciano exhortó á las provincias á formar asambleas, y prohibió que los magistrados pusiesen obstáculo alguno á las disensiones sobre puntos de interés público (2). Honorio pensó en una especie de gobierno federativo quereuniese todos aquellos miembros divididos del Estado (3); pero ninguna provincia ni ciudad se aprovechó de él; tanto repugnaba toda unión á los sentimientos enteramente locales de aquellas sociedades. Así, encerrándose cada cual, hombres y sociedades, dentro de sí mismos, no quedó quien defendiese el imperio, y los bárbaros lo agitaron á su capricho como un juguete, hasta que resolvieron hacerle pedazos. Sus ruinas debían producir la moderna Europa; y meditando sobre su grandeza, se siente llevado el hombre á lo infinito, que es el secreto de las grandes é instructivas meditaciones.

(1) *De jure armorum reddito*. Constit. de Valentiniano III del año 440. «Singulos universos que nostro monemus edicte, ut roman roboris confidentia, ex animo quo debent propria defensare cum suis adversus hostes, si vis exegerit, salva disciplina publica, servataque ingenuitatis modestia, quibus potuerint armis, nostrasque provincias ac fortunas proprias, fidei conspiratione et juncto umbone tuantur.»

(2) «Sive integra diocesis in commun consulverit, sive singulæ inter se voluerint provincia convenire, nullius judicis potestata tractus utilitate eorum congruus differatur: neve provincia rector ac presidens victoria potestati, aut ipsa etiam prefectura decretum aestimet requirendum.» Del 382 *Cod. Theod.*, XII. 12, IX.

(3) Ley de Honorio del año 418.